

# Rebelión colonial: Huarochirí, 1750

*Karen Spalding*

Universidad de Connecticut, EE. UU.

El año de 1750 estalló en la provincia serrana de Huarochirí una rebelión contra el dominio español que, aunque solamente duró dos meses, golpeó de una manera dura la confianza y seguridad de la burocracia del estado español en el Perú. La primera historia de esta rebelión fue escrita por Hildebrando Sotelo en 1942, utilizando la documentación que encontró en Lima, que consistía principalmente en pasquines populares e informes burocráticos. Pero en 1964, con la ayuda de John Rowe, yo encontré en Buenos Aires un documento singular que utilizo en mi libro (escrito en inglés) sobre la historia colonial de la provincia de Huarochirí y que estoy ahora preparando para publicar aquí en Lima, devolviendo así al Perú una narrativa valiosa de su historia. Hoy día quisiera ofrecer a ustedes un resumen de este documento, el cual nos permite ver las condiciones que regían en la sociedad colonial al principio del periodo mundial que llamamos —siguiendo a Eric Hobsbawm— la edad de las revoluciones.

Hace más de 30 años, el doctor John Rowe me pidió sacarle un microfilm a un documento que trataba de la provincia de Huarochirí, y que él había ubicado en el Museo Mitre de Buenos Aires. El documento se llamaba *Diario Histórico del levantamiento de la provincia de Huarochirí, y su pacificación, escrito por Don Sebastian Francisco de Melo, Sargento Mayor de tropas arregladas, Justicia Mayor, y Theniente General en dicha provincia*, y fue un relato, día

por día, de la rebelión desde su principio hasta el final. En ese entonces, yo empezaba a estudiar la historia de las comunidades indígenas, y me fascinaba el documento, porque en él, este señor Melo nos cuenta no solamente la historia de un levantamiento indígena como él lo vivió, sino da además muchos detalles de la organización interna del movimiento llevado a cabo por indios campesinos despreciados por la mayoría de los españoles como brutos salvajes, de las estrategias, logros y fallas del mismo. Es uno de los pocos relatos después de las crónicas de la conquista que nos permite ver un movimiento indígena desde adentro; y como el autor dice que lo escribió para explicar a sus hijos cómo y por qué había gastado su herencia en el servicio del rey, dejándoles a ellos solamente el honor de su nombre, parece ser también uno de los pocos documentos no burocráticos que tenemos los historiadores del Perú, aunque es también obvio que el autor, Melo, escribió con la esperanza de que sus hazañas fueran recordadas por los que le seguían.

¿Pero, quién fue este soldado profesional español y cómo se encontró en una provincia serrana en el momento justo en que sus conocimientos profesionales eran tan imprescindibles? Y, la pregunta quizás más importante para una historiadora sería: ¿qué nos da el derecho de confiar en lo que nos cuenta el señor Melo? ¿Es este diario, con sus múltiples detalles, una ficción, o es la memoria, aunque seguramente algo cambiada por haber sido escrito diez años después de los sucesos descritos, un relato que podemos usar para analizar las relaciones entre los dos estratos de la sociedad colonial en un momento de crisis? Trataré de ofrecer unas respuestas a estas preguntas y también algunas ideas de lo útil que creo es el relato, no tan humilde como protesta, de don Sebastián Francisco de Melo, soldado del ejército del rey Felipe V en la sierra del Perú.

Melo nació en España a fines del siglo xvii o principio del xviii, quedó huérfano de padre a los cinco años. Fue criado por su madre, quien después de enseñarle las primeras letras envió a su hijo para su formación profesional a los caballeros de Malta, donde pasó trece años aprendiendo la profesión de soldado bajo el mando, dice Melo, del gran maestre de la orden, don Antonio Manuel Vasconcelos. Servía en los ejércitos del rey Felipe V, donde todavía bastante joven llegó a ser oficial y capitán. Su madre quiso que su hijo profesara en la religión de Malta, y logró que sus tíos le consiguiesen una licencia para reintegrarse a las filas de la Orden, lo que hace sospechar, aunque Melo no lo dice, que el joven fue un miembro de familia noble, aunque probablemente sin fortuna. Digo esto porque la orden de los caballeros de Malta, fundada durante la Edad Media española para luchar contra los turcos en el Mediterráneo, fu

una orden militar compuesta exclusivamente de caballeros que podían probar ser hidalgos por el linaje del padre y el de la madre. En todo caso, Melo salió para profesar en los caballeros de Malta en compañía de los hijos de otro español, don Francisco Álvarez de Molina. Ellos venían a Cartagena de Indias y persuadieron al joven soldado de ir con ellos, abandonando el destino anhelado por la madre. Pero cuando llegaron a Cartagena, Melo se enfermó, y consumió todos sus fondos en mejorar su salud. Narra el esfuerzo de organizarse una vida nueva en América con un estilo seco pero evocativo. En sus propias palabras, convaleciente en Panamá, leemos:

*«... abri los ojos, halleme pobre, tuve verguenza de volverme a España con menos decencia de la que traje, vendi algunos vestidos, y con su producto compre algunos efectos para volver a vender. Ya me ven de soldado convertido en mercader. Tire para Lima, y como era poco lo mio, era preciso fuese poca la ganancia. Hize dos viajes al Cuzco; busque algunos reales; enamoreme de mi esposa; caseme con ella; empeze a cargarme de hijos; doblaronseme los cuidados; escribi a los mios, y como casado en las Indias me olvidaron».*  
(Melo, 1761: ff. 65v-66)

Nuestro personaje no consiguió la fortuna que buscaba como mercader, y empezó a trabajar en las minas de los asientos mineros del Nuevo Potosí, donde se despertó una mañana para encontrarse otra vez con la profesión de soldado para la que había sido entrenado.

La rebelión de Huarochirí se originó como parte de un levantamiento más amplio, en que un grupo de rebeldes en Lima planeaba atacar al palacio virreinal por la noche, matar las autoridades y, juntándose con Juan Santos y los rebeldes en la montaña, encabezar un levantamiento general de la población indígena contra los españoles. Fue descubierto cuando uno de los rebeldes confesó estos planes a su cura confesor. Las autoridades respondieron inmediatamente y la mayoría de los conspiradores fueron arrestados y sentenciados. Sin embargo, uno de ellos, un indio de Huarochirí, miembro del gremio de los olleros de Lima, se enteró de lo que había pasado cuando estaba en su provincia para su matrimonio, y convenció a los curacas de la provincia de seguir sus consejos y montar una rebelión.

El virrey mandó una orden secreta a la provincia, ordenando al Teniente de Corregidor capturar al indio rebelde, a mediados de julio del año de setecientos cincuenta, cuando los españoles en la provincia ya tenían una idea de lo que pasaba por la disminución general de obediencia y respeto mostrado hacia ellos por los indios. El corregidor pidió a Melo mantener la retaguardia en la región minera mientras él y un grupo de españoles y criollos residentes en la

provincia salieran al pueblo de Huarochirí en búsqueda del rebelde. Llegando al pueblo, capturaron a la mujer del rebelde y fueron recibidos por el curaca, quien prometió entregarles al rebelde, siendo él parte de la conspiración. Contentos con la promesa del curaca, los españoles organizaron una corrida de toros, sacrificando los carneros del rebelde, mientras los indios preparaban su ataque en las afueras del pueblo. Durante la noche, los indios rebeldes atacaron las casas donde se alojaban los españoles, que aunque totalmente desprevenidos, lucharon para salvar sus vidas y los papeles del gobierno. Pero todos fueron capturados y muertos, menos el cura y uno del partido español que resultó ser de descendencia india mestiza (chino) y se presentaba ante los rebeldes como el hijo del curaca de la provincia de Tarma, adonde los rebeldes habían mandado cartas pidiendo ayuda. Felices de pensar que sus pedidos habían sido oídos, los rebeldes libraron al chino, que corrió a dar noticia de lo acaecido a Melo.

Así, pues, poco más de una semana después de iniciada la rebelión, los rebeldes de Huarochirí habían matado a la mayoría de los españoles residentes en la provincia, fuera de las minas de la región de Yauli, y controlaban no solamente la provincia sino los caminos por donde llevaban los productos que abastecían los mercados de Lima. Como dice Melo, la mayoría de los productos de la sierra llegaba a Lima por los caminos angostos de los ríos de Lurín y Mala, y con cortar los puentes por donde pasaban los arrieros, los rebeldes podían interrumpir el contacto de Lima con el interior. Los rebeldes se organizaron siguiendo modelos militares españoles, con su capitán general y sus maestros de campo, capitanes y sargentos mayores, mandando compañías de combatientes rebeldes. Las noticias que llegaron a Lima, llevadas por unos curas que huyeron, a pesar de que los rebeldes prometieron protegerlos a cambio de que mantuvieran su trabajo parroquial, aterrorizaron a los residentes de Lima, uno de los cuales, escribiendo a un familiar en España, le decía que «si saltan [los indios de Huarochirí] a Tarma, Jauja, y Cusco se acaba el reino del Peru para los Españoles» (Anónimo, 1750: f. 1v de la carta). El virrey anotó que Huarochirí era el cuello que unía a Lima con el interior, agregando que «si continua en rebelión esta provincia, su proximidad a esta capital la haría un refugio de los delincuentes que perturbaria su tranquilidad y causaria mucho daño» (ver Loaysa, 1942: ). Pero apenas veinte días después del primer triunfo de los rebeldes en Huarochirí el levantamiento se había terminado y sus líderes cayeron en manos de las autoridades españolas, entregados por los propios indios.

¿Es que los indios fueron, como insistieran los españoles que luego habrían de ser muertos en ese primer encuentro, no más que salvajes que no eran

capaces de organizar una lucha contra «sus dueños naturales»? Yo no lo creo, pero hasta que leí el diario de Francisco de Melo no había fuentes que aportaran datos sobre lo que pasaba al interior del levantamiento y que pudieran explicar su desintegración. Melo vio los acontecimientos y los narra de primera mano porque él estaba allá, y dice él mismo que fue en gran medida el responsable de la misma desintegración de las fuerzas rebeldes. Aún aceptando que él podía haberse representado como más importante de lo que era en verdad, su diario aporta muchos datos. Por un lado, sobre las fuerzas y las relaciones sociales que hicieron posible un levantamiento bien organizado y, por otro lado, sobre los factores que socavaron la unidad entre las fuerzas indígenas. Veamos lo que dice Melo acerca de las capacidades bélicas de los indios de Huarochirí, y asimismo de sus propios compatriotas españoles y criollos, y cómo explica él la desintegración del levantamiento:

Uno de los temas que ha despertado mucho interés en los últimos años es el de la identidad nacional o, en los casos de los grupos étnicos, el de la identidad étnica. He leído varios trabajos que analizan los discursos que aparecen en los juicios o en otros tipos de fuentes y encuentro que la gente habla de «la nación india» o de una identidad criolla que contrapone a otros grupos. De estos discursos concluyen algunos que había en la Colonia un sentido de identidad que se iba constituyendo con todos aquellos que compartían una misma clasificación étnica en un solo grupo, conscientes de tener intereses propios y con ganas de defenderse contra sus opresores, es decir, casi un naciente sentido de nacionalidad. Se puede encontrar en el diario de Melo y más en la carta enviada a Sevilla en 1750 algo de este discurso. Una carta arrebatada a uno de los indios que encabezaba el levantamiento de 1750 lamenta la condición de los indios con estas palabras: «¿Hasta cuando hemos de vivir en el letargo de la ignorancia como lo han hecho otras naciones?» (Anónimo, 1750: f. 6v). Melo transcribe en su diario una discusión entre un indio pastor y los indios que él mandaba, en que el pastor reprochaba a la tropa de Melo, en quechua, preguntándoles: «¿Por que queréis pelear contra vuestra sangre?» (Melo, 1750: f. ).

Hay más de estos discursos en el diario, y yo hace poco lo analicé para ver si los indios rebeldes, o los españoles, parecían actuar de acuerdo con ideas de lealtad a su sangre o nación. Encontré que aunque Melo narra muchos casos en que los indios eligieron entre Melo por un lado y sus líderes indios por otro, su decisión se reduce no a consideraciones de una supuesta identidad étnica, sino a consideraciones mucho más inmediatas y prácticas. Cuando los indios deciden seguir a Melo lo hacen porque él es su compadre o también porque saben, por propia experiencia, que él les pagaría por su trabajo y cumpliría con

las promesas que les hacía. Aunque es un español, Melo habla muy bien el idioma de los indios, y trata a éstos como todo buen soldado trata a su tropa, es decir, los cuida. Melo cuenta un incidente que le ocurrió a principios de la rebelión, en que los indios que trabajaban para él en su mina le dijeron que habían decidido que, aunque los líderes de la rebelión les habían ordenado matar a todos los españoles en la provincia, ellos iban a matar sólo a su mujer y hijos, y casarlo a él con una india que él mismo eligiese porque, dice Melo, «Me necesitaban para su instrucción, y que naturalmente me tenían voluntad, porque jamas les havia maltratado» (Melo, 1761: f. 14v).

Pero justamente porque Melo entendía a los indios, le fue posible usar lo que sabía para socaver la unidad étnica quizás naciente. La larga historia andina está repleta de conflictos entre las entidades sociales por tierras y recursos, y estos conflictos aumentaron en el curso del siglo XVIII con el crecimiento de la población indígena. En Huarochirí había conflictos entre grupos extensos, llamados repartimientos por las autoridades españolas, que se remontaban a los tiempos del inca y probablemente a mucho antes, y que habían llevado los indios a gastar mucho de sus bienes en representaciones legales ante las audiencias coloniales. Melo utilizó con perspicacia estos conflictos para derrumbar la unidad de la rebelión. Escribió varias cartas dirigidas a las autoridades indígenas de pueblos de la provincia, que contenían estas palabras:

*«... Hijos, alcaldes, y principales del pueblo de (y aquí pone nombre del pueblo: Langa, por ejemplo): recivi Vuestra carta en la que me decis soys leales vasallos de su Magestad, y que solo de miedo de los rebeldes de (nombre de Lahuaitambo, pueblo rival) entrasteis en la sublevacion, pero que si os perdono en nombre de Su Magestad este dicho delito me entregareis muertas o presas las personas de Francisco Ximenez Inga (y otros cinco líderes rebeldes), lo que os agradezgo y en nombre del Rey Nuestro Señor las recivo, y sereis premiados y os entregare sus tierras . . . (Melo, 1761: ff. 20-20v).»*

Con la ayuda de una viuda forastera que odiaba a los rebeldes por haberse comido sus ganados y llevado sus hijos, Melo hizo llegar a Lahuaitambo la carta dirigida a Langa, y lo mismo hizo con las demás cartas, dejando cada una de ellas en el pueblo de su rival más cercano y confiando en que la larga tradición de pleitos y desconfianzas mutuas rompería la unidad del levantamiento. Y así fue. Cuando Juan Pedro, uno de los líderes principales de la rebelión, se presentó en Langa, los comuneros ya desconfiaban de él. Los indios transformaron la carta tramposa de Melo en verdad, apoderándose de su ex líder y mandándolo a Lima. Por esta acción recibieron el título de «pueblo leal de Langa».

Melo utilizó la misma técnica de las cartas falsificadas para aprovecharse de otra falla en la sociedad indígena, la que consistía en los privilegios que disfrutaban los curacas, y la reputación que tenían muchos de ellos de explotar a los indios que mandaban. Al principio de la rebelión, Melo escribió una carta dirigida a los indios del pueblo en que vivía un curaca rebelde que era su compadre. En dicha carta, Melo agradeció a los indios por haberse ofrecido a matar a su curaca por su rebeldía, y les aseguró que el curaca era leal y que se había plegado a la rebelión solamente por miedo de los rebeldes. Agregó que si él no tenía razón y el curaca era en realidad parte de las fuerzas rebeldes, que él mismo daría autoridad a los indios a matar su curaca. Mandó tirar la carta, ensuciada y rota, en el patio del curaca. Cuando la encontró el curaca, cuya familia parece haber tenido una tradición de actuar contra los intereses de su comunidad, huyó de su propia gente para refugiarse con Melo, quien lo mandó a Lima llevando víveres para la ciudad capital.

No quiero dar la impresión de que Melo no hizo más que escribir cartas para derrotar el levantamiento de Huarochirí. Su actuación no se redujo a una campaña epistolar; hay en el diario narraciones de batallas suficientes para todos los que son aficionados a las novelas de guerra. Su diario muestra claramente que tenía poca paciencia con las personas, fueran indios, mestizos, criollos o españoles, que no entendían la carrera de las armas y las necesidades y reglas de la guerra. La partida española en Huarochirí iba convencida de que presentándose frente a los indios con azotes atados a las sillas de sus jinetes los rebeldes huirían asustados. Melo insistía en que los integrantes de la partida española no sabían lo que era una plebe sublevada y los hechos confirmaron sus palabras. También reconoce en su diario las amplias capacidades de organización y tácticas militares mostradas por los indios. Habla de la capacidad individual de algunos de los rebeldes, como el maestre de campo Francisco de Santa Cruz, descrito por Melo como «indio astuto y muy versado en las historias, y de valor sin igual» [f. 9v]. Melo también cuenta con admiración lo hecho por la tropa rebelde para asegurar en su poder el pueblo de Huarochirí después de su triunfo inicial. Los indios no celebraron su victoria con danzas y borracheras, sino despacharon inmediatamente gente para guardar una angostura por donde tenían que pasar todas las gentes que venían de Lima; enviaron otros para quemar los puentes, lo que cumplieron, dice Melo, «con una brevedad increíble» [f. 14] Pero, como argumenta el propio Melo a lo largo de su diario, el mejor soldado es el que puede ganar la guerra con el menor gasto de vidas, sea de los suyos o de los enemigos, y fueron a fin de cuentas las cartitas del soldado español que utilizó sus conocimientos de las comunidades indígenas entre las cuales vivía para enfrentar a unos pueblos

rebeldes con otros, lo que hizo posible derrumbar en pocas semanas una rebelión que amenazaba transformarse en una guerra de la sierra contra el dominio español. Sugiero que sin personas como Sebastian Francisco de Melo, el soldado español que conocía a los indios con quienes vivía y trabajaba, que hablaba su idioma, que no les despreciaba y que les trataba, si no como iguales, al menos con respeto, el dominio de España en América no habría durado los casi trescientos años que duró efectivamente.

Insisto en algo que ya anoté: ¿podemos creer lo que dice el señor Melo, o es más bien otra ficción escrita por alguien que escribía más de lo que hacía? Aunque el diario del soldado español es único, y no hay manera de comprobar lo que él dice sobre los acontecimientos dentro de Huarochirí, hay algunos datos que sugieren, por lo menos para mí, que puedo confiar en lo que cuenta el señor Melo. El memorial del virrey ignora a Melo, pero la carta anónima enviada a Sevilla ofrece algunos datos interesantes sobre la rebelión. El escritor apunta que el quince de agosto, antes de salir de Lima la tropa mandada por el virrey a Huarochirí, un grupo de indios entraron a Lima llevando preso a Juan Pedro, uno de los líderes de la rebelión, para entregarlo a las autoridades virreinales (Anónimo, 1750: f. 4v). Este dato concuerda con lo que cuenta Melo sobre la captura de Juan Pedro por los indios de Langa. Estos indios, convencidos por las cartas escritas y enviadas por el propio Melo, pensaban que Lahuaytambo, el pueblo enemigo de ellos, iba a ofrecer a Juan Pedro a las autoridades a cambio de ganar tierras. Por eso, ellos prefirieron anticiparse por las mismas razones. El autor anónimo de la carta a Sevilla no sabía de lo que realmente pasaba en Huarochirí, pero sí vio lo que pasaba en Lima. Melo dice que los indios capturaron a Juan Pedro y lo llevaron a Lima. Nuestro escritor anónimo escribió a Sevilla que los indios llegaron a Lima con Juan Pedro. Es un dato, entre muchos, pero si puedo confirmar lo que dice Melo por fuentes que no podían tener nada que ver con él, creo que puedo confiar en las otras cosas que dice, por lo menos hasta que tengamos otro documento de Huarochirí que pueda contradecir al soldado español, quien dice que legó a sus hijos solamente estas páginas y su honor.



**BIBLIOGRAFÍA**

LOAYSA, FRANCISCO A.

1742 *Juan Santos, el Invencible (documentos inéditos de 1742 a 1755, referentes al Indio Libertador Juan Santos Atawalpa, Caudillo nunca derrotado en la Revolución de la Montaña, con tres mapas y extensas notas)*. Lima: Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana, D. Miranda.

ANÓNIMO

1750 «*Copia de una carta escrita en Lima sobre el levantamiento de los indios en el año de 1750.*» Biblioteca Colombina, Sevilla, Mss. 63-6-29. Tomo de varios. Un volumen en folio encuadernado en pergamino, las hojas sin numerar. No se sabe la posición de la pieza en el volumen.

MELO, SEBASTIÁN FRANCISCO de

1761 «*Diario Histórico del levantamiento de la provincia de Huaro-chiri, y su pacificación, escrito por... Sargento Mayor de tropas arregladas, Justicia Mayor, y Theniente General en dicha provincia.*» (Buenos Aires), Museo Mitre, Arm. B, C. 19, P. 1, N.º de orden 4.